

Anthony Pagden

Señores de todo el mundo

Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (siglos *XVI*, *XVII* y *XVIII*)

Traducción de M. Dolors Gallart Iglesias



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Lords of all the world: Ideologies of empire in Spain, Britain, and France, C. 1500-C. 1800*

Publicado originalmente por Yale University Press

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Carlos V y Felipe II*, A. Arias Fernández, 1639-1640. Óleo sobre lienzo (Museo del Prado)

© ACI / Alamy

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 1995 by Anthony Pagden

© de la traducción: M. Dolors Gallart Iglesias, 1997

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-770-2

Depósito legal: M. 15.851-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13	Agradecimientos
16	Introducción
36	1. El legado de Roma
71	2. <i>Monarchia universalis</i>
137	3. Conquista y colonización
215	4. Expansión y conservación
259	5. Metrópoli y colonia
315	6. El cálculo de los beneficios
356	7. Del imperio a la federación
401	Notas
451	Bibliografía
477	Índice onomástico

Para John Elliott, il miglior fabbro

Necesitamos la historia, desde luego, pero no por las mismas razones que el ocioso cultivador del jardín del conocimiento, aun a pesar del altivo desdén que tal vez despierten en él nuestras toscas y mezquinas necesidades y requisitos. La necesitamos en beneficio de la vida y de la acción, no para dar tranquilamente la espalda a la vida y a la acción... Nos conviene servir a la historia solo en tanto y en cuanto la historia sirva a la vida.

Friedrich Nietzsche, Sobre la utilidad y la desventaja de la ciencia histórica para la vida

Agradecimientos

Este libro es una versión muy ampliada y revisada a partir del núcleo inicial del curso trimestral que impartí en 1993 en la cátedra Carlyle de la Universidad de Oxford. Desearía agradecer a los electores de dicha cátedra el honor que para mí supuso el nombramiento; en especial, a su presidente Larry Siedentop, que hizo tan agradable mi estancia en Oxford. También querría dar las gracias al director y a los miembros del consejo del Nuffield College por su hospitalidad, y a David Miller por su calurosa acogida. Como sucede con todas las obras que se entrometen de forma tan descarada en los cuidados jardines de muy variadas disciplinas, he contraído una inmensa deuda, que aquí me es imposible detallar, con muchísimas personas de diversos países por la amabilidad y paciencia con que me han prestado su ayuda. Debo, no obstante, una especial gratitud a Annabel Brett, gracias a la cual entré en conocimiento de la obra de Vázquez de Menchaca y se refi-

nó de modo notable mi comprensión del derecho natural neotomista. Con gran generosidad, puso a mi disposición una tesis doctoral que, cuando salga publicada, modificará sin duda la visión que hasta ahora teníamos de la temprana historia de los derechos. Richard Tuck me prestó un borrador de sus propios cursos de la cátedra Carlyle que me sirvieron para advertir paralelismos entre los argumentos con que británicos y españoles pretendían justificar la conquista, y las fuentes clásicas de las que derivaban, que de otro modo no habría percibido. Anthony Black orientó mis indagaciones sobre el pensamiento político y legal de la Edad Media. James Tully leyó el capítulo 3 y me guio a través de las controversias en torno a la condición de los pueblos indígenas de Canadá. María Ángeles Pérez Samper me dio información sobre el conde de Aranda. Un lector anónimo del primer borrador del manuscrito realizó diversas sugerencias que me animaron a emprender una completa reestructuración de la obra y a agregar el capítulo que ahora la cierra.

La mayor deuda la he contraído, sin embargo, con David Armitage y Peter Miller, que leyeron entero el manuscrito y, con su especial percepción, sugirieron numerosos cambios para equilibrar el conjunto y me prestaron además una inestimable ayuda bibliográfica.

Finalmente, quiero hacer constar una vez más mi gratitud hacia el personal de la Yale University Press, que otorgó al libro el perfil que tiene ahora y, en especial, a John Nicoll, Candida Brazil y Beth Humphries, cuyo laborioso trabajo de corrección detectó muchos errores que me habían pasado inadvertidos. Ningún autor podría pedir más.

Agradecimientos

Este libro está dedicado a John Elliott. La deuda contraída con él se remonta a hace más de veinte años y no creo que pueda zanjarla ya. Mi única esperanza es que este gesto sirva como una pequeña muestra del alcance de mi gratitud.

Introducción

1

La creación y caída de los modernos imperios coloniales ha producido un cambio espectacular en la geografía humana del planeta. La «expansión de Europa» iniciada a finales del siglo xv dio lugar a migraciones masivas, en muchos casos forzadas; ocasionó, unas veces de manera intencionada y otras involuntaria, la destrucción de pueblos enteros; y generó nuevas naciones, criollos y razas mestizas, gentes nacidas y criadas en las colonias cuyo futuro y señas de identidad seguirían rumbos claramente divergentes con respecto a los de los invasores europeos y de las comunidades de pueblos indígenas. En su fase final creó también nuevos Estados y nuevas formas políticas o renovó y transformó versiones de antiguos sistemas políticos, uno de los cuales —el republicanismo democrático— pasaría a convertirse en la ideología dominante del moderno mundo industrializa-

do. El colonialismo creó además las rutas comerciales y las vías de comunicación que han propiciado la lenta erosión de las viejas divisiones, naturales y culturales, entre pueblos. No en vano, las mismas rutas por las que antaño abandonaron el continente muchos europeos, las más de las veces indígenas, han servido en los últimos tiempos para traer de vuelta a él un número creciente de no europeos.

El mundo moderno se ha configurado a partir de esos cambios. Hoy en día vivimos con culturas permeables e inestables hasta extremos que pocas culturas, incluidas la mayoría de las de la Europa occidental, conocieron antes de iniciarse el siglo xvi. Vivimos, y cada vez somos más conscientes de ello, en sociedades abocadas a la pluralidad y la multiculturalidad, en las que el inglés ya no es de manera predominante el idioma de los ingleses ni el español el de los españoles, en las que las decisiones culturales, políticas y lingüísticas que tomamos están condicionadas por las decisiones y necesidades de otros que por regla general apenas conocemos. Vivimos asimismo en un mundo en el que la nación está sumida en un prolongado y a menudo violento conflicto con la confederación por el derecho a convertirse en la modalidad predominante de asociación política del próximo siglo. Esta pugna es también un legado del pasado colonial de Europa. La comprensión del proceso que ha conducido a ella es un importante elemento para entender lo que significa ser ciudadano de algún lugar, ya que, como David Hume reconoció hace más de 200 años, esto equivale a ser también ciudadano del mundo.

Los imperios europeos tienen dos historias distintas, pero interdependientes. La primera, en la cual se centra este libro, es la historia del descubrimiento y la coloniza-

ción de América por parte de los europeos, que comienza con el primer viaje de Cristóbal Colón en 1492 y acaba aproximadamente en 1830 con la derrota definitiva de los ejércitos realistas en Sudamérica. La segunda es la historia de la ocupación europea de Asia, África y la zona del Pacífico, iniciada hacia 1730, pero que solo arranca con fuerza a partir de 1780 coincidiendo con el ocaso de la hegemonía europea en el Atlántico. Los «segundos imperios europeos»¹ no se han disuelto hasta hace muy poco tiempo a costa de un lento proceso que ha resultado mortífero para la mayoría de sus habitantes. Algunos podrían incluso afirmar, no sin razón, que dado que Francia todavía gobierna en Martinica y Guadalupe, los británicos ocupan Gibraltar y, lo que es más destacable aún, las islas del Atlántico Sur, y los españoles retazos del norte de África, dicho proceso todavía no ha culminado. La herencia más imprecisa de estos imperios —la Commonwealth británica, la informal tutela francesa de ciertas partes de África— continúa siendo un rasgo descollante de la relación mantenida entre el «Primer» y el «Tercer» mundo.

Este libro está dedicado a la primera de estas dos fases imperiales. El descubrimiento por parte de los pueblos de Europa de que entre su continente y Asia existía otro, del cual no tenían conocimiento ni constancia de contacto alguno antes de 1492, ha sido descrito como un acontecimiento de alcance histórico mundial casi desde el día en que Colón regresó de su primer viaje. Aquello representó, según lo formuló David Hume en 1757, «el comienzo real de la historia moderna»². Las últimas décadas del siglo xv habían sido, según su dictamen, un periodo en que «se descubrió

América; se expandió el comercio; se cultivaron las artes; se inventó la imprenta; se reformó la religión; y cambiaron casi todos los gobiernos e imperios»³. El descubrimiento había devastado el mundo intelectual de Europa y expuesto a los europeos —si no por vez primera, sí de manera más drástica que nunca— a diversas culturas no europeas, y también había posibilitado la creación de los primeros grandes imperios europeos de ultramar. Por más que Hume y la mayoría de sus contemporáneos deploraran el hecho, el mundo moderno había estado presidido desde las primeras décadas del siglo xvi por la lucha que mantuvieron por el control del ámbito no europeo las tres principales potencias europeas —España, Francia e Inglaterra— en un pulso que tuvo a América como escenario principal.

Debido a esta percepción del Nuevo Mundo como una «especie de nueva creación», en palabras de Voltaire⁴, los imperios europeos de América se convirtieron hacia la segunda mitad del siglo xviii en objeto de un intenso escrutinio histórico. Parte de esta atención, como la plasmada en las crónicas españolas de la conquista o los relatos franceses e ingleses de exploraciones y asentamientos que las precedieron, era de inspiración claramente triunfalista y nacionalista. A medida que se intensificaba la competición entre las tres potencias principales, el descubrimiento, exploración y conquista pasaron a ser piezas esenciales, estandartes de ostentación del orgullo nacional. Hubo un sector de gente, compuesto en su mayoría por intelectuales con crecientes inquietudes de signo cosmopolita, que, durante el siglo xviii, trató de dilucidar cuál podría ser el propósito común que se hallaba tras el proceso colonizador. La única vía posible que, en su opinión, facilitaría la comprensión

del verdadero significado de las diferentes historias y objetivos de los imperios europeos era el método comparativo. «En un tema como la teoría colonial, tan novedoso y sobre el que tan poco se ha reflexionado —aconsejaba en marzo de 1790 a sus colegas de la Asamblea Nacional un diputado llamado Monsieur Blin, en el empeño de comprender el lugar que ocupaba el antiguo sistema colonial en el seno del nuevo Estado francés—, nada favorecerá más la abertura del camino a las nuevas ideas ni propiciará atalaya más ventajosa para el propio juicio que un método de comparación»⁵.

Obras como *An Account of the European Settlements in America* (1757) de Edmund y William Burke, *Considérations philosophiques et géographiques sur les deux mondes*⁶ de Anquetil-Duperron o, tal como fue planificada en un principio, *History of America*⁷ de William Robertson, fueron tentativas de aplicación del tipo de comparación solicitada por M. Blin. La más destacada de ellas y la más amplia de todas, y que tal vez sirviera de referencia a M. Blin, fue *Histoire philosophique et politique des deux Indes*, del abad Guillaume Raynal, publicada en 1772. En ella se pretendía comparar no solo España, Inglaterra y Francia, sino también Portugal, Holanda, Suecia, Prusia, Rusia y Dinamarca. Si bien la obra de Raynal (sobre la cual volveré a centrarme en el capítulo 6) ha permanecido desde hace tiempo en el olvido, hasta mediados del siglo xix fue la relación más leída, y también la acusación más descarnada, en torno al tema de los primeros imperios europeos de ultramar.

La *Histoire* es, como sugiere su título, un intento de hacer confluir en un mismo texto las dos principales esferas de la expansión europea. También fue, por más difícil que

pueda resultar reconocerla como tal hoy en día, la primera obra que ofrecía una teoría del imperialismo. Raynal confiaba en que esta teoría transformaría los datos que había reunido en un tema predominante, en una especie de lección de la que pudieran en un futuro beneficiarse los europeos. No obstante, le constaba que únicamente podría ser comprendida de modo cabal en un lenguaje global y comparativo, y asumida plenamente solo por aquellas personas, entre las cuales se incluía, que estuvieran «libres de toda pasión y prejuicio»⁸.

La *Histoire* no solo fue el más ambicioso de estos proyectos, sino, por desgracia, el último. Extrañamente, desde entonces tanto los teóricos del imperialismo como los historiadores han permanecido indiferentes ante las posibilidades que ofrecía la comparación. Han habido, desde luego, numerosos estudios que han comparado la formación política, las economías o las estructuras institucionales de más de un imperio europeo, y también tentativas de comparar el desarrollo de las culturas de las colonias europeas de América⁹. Son, sin embargo, pocos y dispersos los esfuerzos dedicados a examinar los prolongados debates, de gran complejidad teórica, en los que se analizaba la naturaleza y el propósito de los imperios. Lo curioso es que, en sus diferentes modalidades, dichos debates modificaron por completo el curso del pensamiento político europeo, y en estilos que, aun habiendo sufrido una radical transformación, todavía son identificables y continúan ejerciendo una profunda influencia sobre el pensamiento moderno en lo que afecta a la relación entre Estados.

Este libro no pretende emular a Raynal, ya que se centra en un espacio de tiempo mucho más restringido —desde el

establecimiento de los primeros asentamientos en América en el siglo xvi hasta la independencia en el xix— y se limita a tres de los imperios europeos, solamente en su proyección americana. Existen diversos motivos para esta limitación. A lo largo de este periodo, los británicos, los franceses y los españoles se observaban constantemente entre sí, calibraban su actuación en contra de los otros y, con más frecuencia de la que se supone, imitaban las tácticas del otro en su persistente afán por comprender la evolución de los imperios que ellos mismos habían creado. Los asentamientos de escandinavos, alemanes y rusos en América fueron demasiado transitorios para suscitar gran interés. La presencia portuguesa en Brasil, aun siendo más prolongada, se vio eclipsada por el imperio portugués en la India. Hubo, naturalmente, importantes teóricos portugueses del imperio (a uno de los cuales, Serafim de Freitas, volveré a referirme en el capítulo 2) y escritores franceses, británicos y españoles que contemplaron con vivo interés la aventura imperial portuguesa, pero pocos de ellos hablaron en extensión sobre el Brasil, aun cuando solo sea por el hecho de que, visto desde fuera, Brasil guardaba en muchos sentidos una estrecha semejanza con una colonia española, excesiva para tener un significado teórico de cierto alcance. Aun cuando se convirtieran en objeto de un intenso escrutinio por parte de los británicos, hasta el siglo xix los holandeses no constituyeron un poder imperial en el pleno sentido de la palabra ni se consideraron ellos mismos como tal. La denuncia de los realistas ingleses en torno a 1660, según la cual la República de Holanda pretendía fundar una Monarquía Universal del mar, era un juego de palabras. Como todo imperialista sabía, «imperio» implicaba

autoridad de gobierno, cosa que, tal como británicos y holandeses entendían el derecho de gentes, no se podía ejercer en el mar.

Cualquier intento de comparar las ideologías de los imperios británico, francés y español en América presenta dificultades estructurales y temáticas que, como ocurre con todos los proyectos comparativos, solo pueden resolverse en parte. Si bien los temas que he elegido corresponden a los predominantes en los diversos discursos surgidos en torno a la cuestión del imperio a lo largo de este periodo, no todos tuvieron la misma importancia ni recibieron igual atención de modo simultáneo en los tres imperios. Tratar de recuperar las respuestas de los teóricos de las tres naciones en la misma medida habría sido como tratar de reconstruir un partido de tenis con tres jugadores. Por ello, algunos de los capítulos se centran en una cultura nacional en detrimento de las otras dos. La preocupación por el auténtico «señorío de todo el mundo», por ejemplo, se inició en España y continuó siendo en gran medida una preocupación concerniente a España. A finales del siglo xvii, muchos europeos acusaron a Luis XIV de abrigar pretensiones de Monarquía Universal, pero como deja claro la sátira de Leibniz *Mars Christianissimus* de 1683, con ello se referían a poco más que la hegemonía política en Europa. Los ideólogos del imperio español, en cambio, plantearon con convicción, aun cuando solo fuera durante un breve periodo de mediados del siglo xvi, la posibilidad de que su rey pudiera erigirse en soberano de un Estado mundial. Por esta razón, y también porque incluso quienes partían de ambiciones más modestas reconocían que la identidad de la monarquía española estaba vinculada a la antigua vi-

sión de la Roma imperial de un solo *orbis terrarum*, el capítulo 2 está consagrado en su casi totalidad a España.

De igual modo, en la América española y británica, la cuestión de la esclavitud solo adquirió magnitudes de inquietud moral y política después de la independencia. En Francia, por el contrario, a partir de 1730 ocupó un espacio preeminente en la literatura antimonárquica y antiimperial, y hacia 1790 figuraba en lugar destacado en los proyectos revolucionarios. En este país, la esclavitud se consideró —de una manera que no tuvo réplica en ninguno de los otros dos imperios— una consecuencia directa de los imperios atlánticos europeos. Por este motivo, en el capítulo 6 la cuestión de la esclavitud se debate enteramente dentro de su contexto francés, inmersa de pleno en la crítica cuyo blanco era, de hecho, la totalidad de la cultura colonial del *ancien régime*¹⁰.

Ningún estudio comparativo puede pretender abarcarlo todo. El volumen de información sobre los tres imperios ha alcanzado tales dimensiones desde los tiempos de Raynal que cualquier tentativa de manejarlo en su integridad exigiría la mitad de la vida del estudioso. Hay algunos aspectos destacados —como la pérdida de población, el efecto del crecimiento del comercio americano en los mercados mundiales y, el que quizá sea más relevante, la cuestión de las relaciones entre los colonizadores europeos y los colonizados—, que o bien no he tratado o he tomado en cuenta solo tangencialmente. Por su misma naturaleza, este es un estudio eurocéntrico, un intento de comprender qué pensaban los europeos de los imperios que habían creado y de las consecuencias que tuvieron que arrostrar. También intenta ilustrar la evolución que experimentó este pensa-

miento, mostrar que en torno a las primeras décadas del siglo xix se habían forjado unas pautas de expectación —de ansiedad— que determinarían en gran medida las relaciones posteriores que mantendría Europa con casi todo el resto del mundo.

2

Con el desmoronamiento de los imperios europeos en América, concluyó la primera fase de la expansión europea. En sus distintas modalidades y a pesar de su, en ocasiones, tímida modernidad, dichos imperios habían sido sin excepción tentativas de perpetuar las tradiciones y los valores de los imperios del viejo mundo. Los términos «imperio» e «imperialismo», sin embargo, pasaron a quedar asociados no con este temprano periodo de expansión, sino con la globalidad de los imperios europeos instituidos en el siglo xix, en los cuales —exceptuando la presencia residual de los británicos en Canadá y en el Caribe, y de los franceses en Martinica y Guadalupe— no estaba comprendida América¹¹. Las invasiones de la India y más tarde de África, el poblamiento de Australia y la zona del Pacífico, la apropiación de parte de China y el dominio económico del golfo Pérsico iban a tener una repercusión económica muy superior, y seguramente también más perdurable desde el punto de vista político y humano, de la que tuvo nunca la colonización de América. No obstante, no es tan fácil distinguir lo que a menudo se ha denominado los «primeros imperios europeos»¹² con estas empresas posteriores. El lenguaje del imperio y muchos de los presupuestos antro-

PVP E ISBN 978-84-1148-770-2 3404521 HISTORIA ●

En este estudio ya clásico, Anthony Pagden comparó por primera vez las teorías del imperio que surgieron alrededor de las grandes potencias coloniales: española, inglesa y francesa. Desde la apología de la evangelización y la gloria militar que impulsaron al imperio español de ultramar o los argumentos económicos que esgrimieron ingleses y británicos para justificar la colonización hasta el moderno ideal cosmopolita que auguraba el fin del imperio y su remplazo por federaciones de estados iguales e independientes, Pagden hilvana magistralmente una historia de las ideas que aún hoy determinan la política y las distintas maneras en que cristaliza la identidad nacional en todo el mundo.



Alianza editorial
El libro de bolsillo

